son agradables; sin embargo, sus celos van hasta al exceso, exigiendo como los musulmanes que sus mugeres no parezcan jamas en público sino cubiertas con un velo. En general su único trabajo es el de los campos, y en particular el cultivo de la viña y moreras. La poblacion diseminada será de unas cien mil almas.

A las diez de la mañana teniamos á la vista su capital, que en la realidad no es otra cosa que una villa grande. Llámasela Dair-el-Kamar, que significa *casa de la luna*, y está situada en la pendiente de una montaña bañada por el arroyo de Damur.

A medida que adelantábamos, descubrimos entre una nube de polvo que se levantaba en torbellino sobre la poblacion, muchos hombres que estaban sobre el tejado. Apenas hubimos entrado cuando reconocimos que esta espesa polvareda provenia de los escombros de algunas casas que demolian. Se nos dijo que pertenecian á unos chaiques de drusos, que fieles á la Puerta, se habian unido al ejército del gran Señor para servir en él contra los egipcios y contra el emir que se habia hecho aliado de Ibrahim. Béchir, para vengarse, hacia derribar sus casas y cortar las moreras. Lo que me causó mas sorpresa y dolor que este espectáculo de destruccion y ruinas, fué el ver al lado de los edificios que caian con estruendo bajo del hacha y el martillo, á los drusos y turcos con las piernas cruzadas y la pipa en la boca contemplando con un aire estúpidamente tranquilo, los destrozos de las propiedades de sus parientes y amigos, y no lejos de allí á los mercaderes dentro de sus tiendas abundantemente provistas, poner de muestra y vender sus mercancías cubiertas de polvo, sin ocuparse mas que de su ganancia y provechos. A alguna distancia algunos desgraciados eran conducidos á la cárcel, y una multitud de niños con la indiferencia propia de su edad, se reian y jugaban al rededor de ellos.

Me detuve algunos momentos en un convento de maronitas católicos, desde donde mandé un espreso al médico del emir para participarle mi llegada, y hacerla saber al obispo á quien venia recomendado.

§ III.

Bteddin.

Al salir de Dair-el-Kamar se descubre Beteddin, que no dista sino una pequeña legua. El palacio del príncipe y edificios de su dependencia, construidos sobre la cumbre y pendiente de la montaña, de la cual ocupan una grande parte, presentan un golpe de vista muy interesante. La reunion de los edificios, los árboles, las cascadas que hermosean esta permanencia, sorprenden tanto mas, cuanto no se podia esperar tanta magnificencia y grandeza.

A las once de la mañana entré en Beteddin, y desde luego pasé á la casa del Illmo. Abdallah, que me recibió de la manera mas amable, é hizo que se anunciara mi llegada al emir. Pasados algunos minutos recibió S. S. Illma. una esquela, con la cual su alteza le hacia advertir que seria admitido á las cuatro de la tarde, mandando que en el entre tanto se me tratase con todo miramiento, y que se me administrasen los alimentos de su cocina.

A la una comparecieron algunos oficiales y muchos criados en la casa del señor obispo, y nos sirvieron una comida de pescado sobre una enorme mesa redonda de hoja de lata que levantaba medio pié del suelo. Los únicos que estábamos en ella éramos S. S. Illma. y yo, sentados sobre almohadas y cruzadas las piernas. A mi lado se pusieron sobre unos veinte panes redondos, tan delgados como el papel, y se me sirvió una cuchara y tenedor de plata. El obispo comia como los árabes, es decir, con los dedos. Metia el pan delgado en el plato, y con él envolvia la porcion que queria tomar. No era posible comer de aquel manjar, porque era un hacinamiento de viandas que nadaban en un mar de manteca derretida. Un oficial de la cocina del príncipe que tenia en la mano una grande copa llena de agua, la que me presentaba muy á menudo, estaba constantemente de rodillas á mi lado. Para mí era un suplicio esta actitud humillante, y mis redobladas instancias fueron inútiles para conseguir que se levantara; así que, me ví forzado á apresurar mi comida para librarme de este espectáculo degradante.

A las cuatro pasé á palacio en compañía del señor obispo y de mi dragoman. Enfrente de este edificio hay un patio inmenso, en el cual habia de cuatrocientos á quinientos caballos con bridas y caparazones puestos, atados á unas estacas. La riqueza y hermosura de las mantillas de diferentes colores, el brillante vestido ó uniforme de los caballeros en movimiento continuo para comunicar las órdenes del príncipe, la sucesiva llegada de chaiques y grandes del pais, que vienen á rendir sus homenages al emir, seria lo bastante para desquitarse de las molestias del viage aunque no hubiera otra cosa que ver.

Desde esta plaza ó patio se llega por un portal á una escalera que conduce á otro patio casi igual, bien que pavimentado de mármol blanco, en cuyo centro se eleva un surtidor que cae en un vasto aljibe tambien de mármol. A los lados están las habitaciones de los oficiales, las cancillerías, los baños, etc., y en el fondo está la entrada de palacio.

Este patio estaba lleno de militares, de empleados y esclavos, y todo se puso en movimiento tan luego como yo llegué: unos iban, otros venian y se agolpaban en derredor mio. Una vez llegado á la puerta de la habitacion del príncipe, se me introdujo en ella con el Illmo. Sr. obispo y el dragoman.

El emir es un anciano de setenta y tres años, de salud fuerte y robusta, cúbrele todo el pecho una espesa y larga barba blanca: es muy feo, pero disimula esta falta con la riqueza de sus vestidos y una limpieza esmerada. Recibióme en un espacioso salon que estaba todo con grandes almohadones amontonados segun costumbre. Al estremo de esta pieza se descubria por una puerta una hermosa sala con un surtidor. Su alteza tenia al lado un puñal guarnecido de diamantes, y estaba fumando sentado sobre una magnífica alfombra. Oficiales, criados, esclavos blancos y negros, estaban en pié á una distancia respetuosa.

Al presentármele le saludé á la europea, y él me contestó poniendo la mano sobre su corazon, haciéndome señal de sentarme á su lado. Obedecí: el señor obispo se puso cerca de mí, y el dragoman quedó en pié. Despues de los primeros cumplimientos se me ofrecieron refrescos de café y limon, presentándome al mismo tiempo una servilleta lujosamente bordada de oro para enjugar mis labios.

El emir me hizo algunas preguntas, y como no respondiera tan pronto como deseaba, creyó que tenia repugnancia en esplicarme en presencia de tanta gente; pero bastó una señal de su mano para que la multitud se precipitara hácia la puerta, del mismo modo que lo hiciera el ganado á la vista de una fiera.

El menor gesto, la mas mínima señal de un déspota produce sobre sus esclavos un efecto que no se puede describir. Si esta señal, si este gesto es con violencia, entonces es un rayo.

Béchir supo con sentimiento que el emperador de Rusia habia retirado su cónsul general de Alejandría, y esta noticia le inquietó; pero parece no haberle afectado menos la de los treinta mil hombres que la Francia hacia pasar á la Morea, de los cuales aseguraba él que habian llegado ya diez mil. Mucho me habló de mi soberano el emperador de Austria, de la muerte del duque Reischtadt, por quien parece se interesaba, y me hizo prometer que volveria á visitarle antes de patir.

Cuando salia recorrí su palacio que encontré menos digno de lo que me habia parecido por de pronto. Los oficiales me acompañaron á varios aposentos donde el dorado estaba prodigado hasta la profusion, pero sin gusto; y se admiraban al verme indiferente á tanta magnificencia. La única cosa que me chocó por su hermosura fué el salon de los baños que es todo de mármol. Se me aseguró, sin embargo, que el *harem* era la parte mas bella del palacio; pero no entré en él, pues solo el médico y un obispo armenio católico, confesor de la princesa, son los dos únicos que tienen este privilegio. He dicho el *harem*, porque los árabes dan este nombre á la parte del edificio que habita el emir, por mas que este, contra la costumbre de los príncipes de la montaña, no tenga mas de una muger.

Aunque adelantado en edad, ha contraido segundas nupcias con una jóven de diez y seis años, por la cual manifiesta la mas tierna afeccion. Cuando perdió la primera muger que le avanzaba en edad, queriendo casar por segunda vez, envió á Constantinopla para comprar tres jóvenes esclavas georgianas á fin de escoger una de ellas. Fueron colmados sus deseos mediante la suma de cuarenta y tres mil duros. La mas jóven, instruida en la religion y bautizada, quedó elegida, y las otras destinadas á servirla. Recibió la nueva esposa dones magníficos y entre ellos diamantes de grande precio. Se ha hecho digna de todas las atenciones y cariño de su esposo por su amabilidad, prudencia y sobre todo por su singular modestia, que jamas se ha desmentido en el alto rango á que ha sido elevada. Pero lo mas admirable es que sus dos compañeras, que con mas fortuna pudieran esperar ser princesas, la sirvan con celo y sin envidiar su suerte.

Como en este dia el emir Amin diese audiencia, pasé allá desde el palacio de Béchir. Entre la multitud que llenaba la sala, distinguí á los grandes de la montaña por estar sentados, mientras que todos los demas se mantenian en pié. Me recibió con agasajo, me hizo sentar cerca de él haciéndome muchas preguntas; pero con tal volubilidad, que apenas dejaba tiempo á mi intérprete para comunicármelas y á mí ni articular unas sílabas para responderle. Era mucha la inquietud que le ocasionaban los estragos del cólera; parecióme que estaba muy espantado. Conversábamos á presencia de toda la asamblea: grandes, criados, esclavos, todos escuchaban, se reian ó se ponian graves segun lo que oian. La mayor parte daba su voto en la conversacion por ser esta la costumbre; pero si yo he de juzgar por la impresion que á mí me hizo, debo confesar que nada embaraza tanto como esto á un estrangero.

De allí fuí á la casa del emir Khalil, ocupado en hacer adornar un salon. Este príncipe ha dado en la manía de hacer continuamente reparos en su casa: es estraordinario cuando un salon le gusta seis meses: frecuentemente le incomoda antes, y entonces le hace derribar, procurando que se construya otro sobre un nuevo plan que hermosea con nuevos adornos, y apenas le habita algunas semanas ya está fastidiado de él. Se le ve sentado sobre una almohada de terciopelo en medio de los carpinteros, albañiles y cerrajeros, que con sus hachas, martillos y limas ensordecen con tanto ruido y hacen rechinar los dientes; como su

hermano, me hizo sentar á su lado y dispuso que me trajeran refrescos, y habló de la guerra. Es buen soldado, se ha distinguido mucho en el servicio de Ibrahim, y cuando su padre el emir Béchir combatió los partidos que le disputaban el poder, le ayudó con valor. Sin embargo, ni tiene empleo ni autoridad.

Visité últimamente al emir Kasem, que habita en palacio separado, y me recibió con toda urbanidad. Es tenido por el de menos talento de los hijos del príncipe de la montaña: lo ignoro, pero en cuanto á mí puedo decir que le encontré el mas amable de toda la familia. Me presentó á su hijo é hija, ambos muy bien educados; y la jóven princesa, que tendrá unos diez y seis años, reune á su hermosura una modestia singular. Me sorprendió ver en su cabeza un enorme cuerno; pero supe es el adorno de casi todas las mugeres casadas del Líbano. El rango de las personas hace que este cuerno sea mas ó menos alto: el de las princesas puede tener hasta dos piés y medio con el singular privilegio de poderlo usar sin ser casadas. Este particular adorno tiene la figura de bocina: es de plata ó de oro; mas las señoras del monte Líbano le ponen encima un grande velo. El interés que manifiestan en usarle es una verdadera pasion. Ni en salud ni en enfermedad se lo quitan, y frecuentemente ni aun en la última enfermedad, de suerte que mueren con este atavío en la cabeza. Entonces se vende el cuerno, y su producto es aplicado á la celebracion de misas por el descanso del alma de la finada, pudiendo de aquí provenir la afeccion particular que le tienen.

Hay otra especie de cuerno que algunas mugeres llevan al lado, cubriéndolas las orejas, el carrillo y adelnatándose de un modo voleado mas allá de la espalda. Se asemeja á la trompetilla que usan los sordos.

Los emires Amin, Khalil y Kassem son muy parecidos, sobre todo por una gordura estraordinaria, y sus esposas son la única compañía de su jóven madre política.

Los tres hermanos con el príncipe su padre son católicos, exactísimos en el cumplimiento de sus deberes religiosos; pero no van públicamente á la iglesia de Bteddin, sino que oyen la misa en una capilla particular. Esta conducta parece tanto mas estraordinaria, cuanto es católica la mayor parte de los habitantes de la montaña, en la cual los turcos no tienen poder alguno y los egipcios son muy tolerantes. Tanto el emir Béchir como toda su familia, guardan un profundo respeto al obispo, siendo yo testigo en mi visita al emir Kassem, que la princesa su hija le besó la mano.

En este momento se está construyendo en Bteddin una magnífica iglesia católica á espensas del príncipe. He visto cuanto podia llamar mi curiosidad, y estoy decidido á partir esta noche.... Fuí á despedirme del emir, quien me prodigó señales de distincion y de honor delante de su corte, ofreciéndome no solo cartas de recomendacion para las autoridades, sino hacerme acompañar por sus guardas mientras estuviese en sus Estados; mas como todo esto hubiera sido costoso é inútil, se lo agradecí sin aceptarlo. (2)

§ IV.

Trípoli.

El 14 de Setiembre salí de Beyruth para Trípoli, y á las once de la noche me embarcaba en su rada. Por mas que recelase las angustias que me ocasiona el mar, antepuse sin embargo este viage al de la marcha de dos largas jornadas